

Del Miño al Bidasoa. Notas de un vagabundaje: génesis y recepción*

ADOLFO SOTELO VÁZQUEZ
(Universitat de Barcelona)

Santander, que es quizás -con Cádiz, con San Sebastián y con La Coruña- una de las más bellas ciudades de España, absorbe, a fuerza de cosmopolitismo, todo lo que le echen, y en él, los residentes se sienten como pez en el agua.

«Y así veranean los trabajadores. La vuelta a España de un novelista», 1948.

Al vagabundo, Santander, con La Coruña y Cádiz, se le antoja una de las tres ciudades más bellas de España. El vagabundo no sabe si tiene razón o no la tiene, cosa que tampoco le preocupa. El vagabundo lo piensa, lo dice tal y como lo piensa y en paz y santas pascuas.

Del Miño al Bidasoa, 1952.

I

En la redacción definitiva de mi trabajo, «*Viaje a la Alcarria: génesis y recepción*» (Camilo José Cela. *Perfiles de un escritor*, 2008), expliqué con cierto detalle la naturaleza y la órbita literaria de la literatura de viajes celiana, inaugurada con el magistral libro de 1948. Remito a aquellas páginas, a la par que quiero hacer hincapié en que dicha literatura forma parte de la voluntad del escritor gallego de ser sucesor de las letras del 98, con Miguel de Unamuno a la cabeza, y de un propósito no menos importante: conocer y dar a conocer la polifonía de la geografía y de los habitantes de España. Es decir, el paisaje y el paisanaje, según había propuesto con un vigor nunca usado en las letras españolas modernas, el joven catedrático de la Universidad de Salamanca, allá por 1895. Sin embargo, hace diez años no tenía suficiente conocimiento de una situación biográfica que fue la que propició el adentro celiano de 1946. Al comenzar el año 1945, el escritor gallego tenía apalabradas (con anticipos económicos) dos novelas nonatas (de una de ellas se conserva el principio, *El marino mercante*), pero también en los albores de ese año empieza a fraguar, con el consenso del editor barcelonés Carlos Fernando Maristany, quien le editará -en una edición preciosa- *Pisando la dudosa luz del día. Poemas de una adolescencia cruel* por esas mismas fechas, un proyecto de *roman-fleuve* de título *Caminos inciertos*, cuya primera parte, *La colmena*, tenía cerrada al finalizar el año y que decidió presentar a censura el 7 de enero

* El presente trabajo se enmarca en el Proyecto I+D, *Hacia la Obra Completa de Camilo José Cela* (CELAOC. Referencia FFI2014-52567-P), del que soy IP Responsable.

de 1946¹. El propio novelista recordó que el ambicioso proyecto se vino abajo tras el informe de la censura. Se trata de la «Historia incompleta de unas páginas zarandeadas»:

La novela, en una primera versión ni dulcificada ni agriada pero sí incompleta, la presenté a la censura el 7 de enero de 1946. Los informes, como cabe suponer, fueron malos y mi novela, en recta lógica, prohibida (Cela 2016a: 10).

Una serie de intentos complementarios fracasaron en las siguientes semanas: Cela se quedaba con una novela prohibida y toda la soledad. La situación económica no era muy boyante y tan solo las colaboraciones en la prensa del Movimiento son un acicate crematístico para su voluntad de ser escritor. Voluntad que de inmediato compartirá con sus pinitos en el mundo del cine y de la pintura: había que abrir horizontes. De Cela y el cine no me puedo ocupar aquí y ahora, pero sus tanteos en el dominio de la pintura, que cristalizaron en la exposición madrileña de 1947 en la Galería Clan, no merecen mucho aprecio. Su ya amigo y futuro vecino en el edificio de la calle Ríos Rosas 54, César González Ruano, sentenciaba en un artículo del 5 de diciembre del 47 en el diario vespertino *Madrid*: «Cela es mucho más pintor escribiendo que pintando» (en González Ruano 2003, I: 982).

En efecto, por ello en la compleja encrucijada que le plantea el fracaso de la empresa -literaria y económica- de *Caminos inciertos*, Cela inventa un género literario, los apuntes carpetovetónicos, y emparenta con otro que habían practicado Azorín, Unamuno y, más recientemente, Josep Pla: los libros de viajes. Es la médula de su originalidad literaria y, desde luego, la prueba fehaciente de su voluntad de ser heredero del 98. También naturalmente la posibilidad de que se conviertan en libros, en aventura editorial. En una carta del 5 de junio del 46 le dice a Maristany (se trata del día anterior al inicio del viaje a la Alcarria):

El que ahora voy a preparar -un libro de viajes por España al que titulo «Las botas de las siete leguas»- creo que te gustará mucho y que será buen asunto editorial. Llevo conmigo a un fotógrafo extraordinario, el austriaco Carlos Wlasak, que piensa acopiar buen número de material. Ya te lo enseñaremos.

II

El proyecto empieza a desarrollarse unos días después, si bien su publicación se dilatará hasta marzo del 48 en las prensas de la *Revista de Occidente*, tras negociaciones fracasadas con José Vergés de Destino, Josep Janés e incluso con las Ediciones del Zodíaco de Maristany, que ya atravesaban una fatal crisis económica. La acogida de la obra es magnífica, empezando por Eugenio d'Ors y terminando por Gregorio Marañón. Sin embargo, en ese preciso momento -como lo fue en 1943 al otorgarle el carnet de periodista, tras la publicación de *Pascual Duarte*- el personaje oportuno para Cela es Juan Aparicio (1906-1996), quien había puesto en marcha en 1941 la Escuela Oficial de periodismo y quien desde la todopoderosa Delegación Nacional de Prensa fundó, entre

¹ «El primer volumen -mejor sería decir, la primera novela de la serie- la tengo ya terminada y a tu disposición. La titulo *La colmena* y quizás el lunes la presente ya en Censura. Creo que tacharán algo pero que, en definitiva, la aprobarán» (CJC, «Carta a Carlos F. Maristany», 2-I-1946).

otros periódicos y revistas, *La Estafeta Literaria*, *El Español*, *Fantasia o Fénix*. Para las fechas de nuestro relato -y desde 1946- era director de *Pueblo*, el periódico de la Delegación Nacional de Sindicatos.

Aparicio había caracterizado a CJC como «aquel español con clave», «aquel novelista maduro y tenaz», aquel escritor que cuando «quiera escuchar su sino, individual, literario e histórico, ha de aplicar su oreja encima de su vida de excombatiente», según escribió en uno de los libros más lúcidos e incómodos del pensamiento falangista de la inmediata posguerra, *Españoles con clave* (Aparicio 1945: 120-124)². Aparicio desde su atalaya de poder político y desde su condición de protector de Cela -el propio novelista lo reconocía en carta del 26 de octubre de 1951: «has sido la única persona que tuvo la elegancia de echarme una mano a tiempo»- decide que el escritor debe colaborar en *Pueblo*. Aparicio consulta a Cela en julio del 48. El escritor acepta su propuesta, que no es otra que la de realizar de inmediato un viaje, financiado por el periódico, para que en la órbita de las notas de vagabundaje que Cela acababa de consolidar con la publicación de *Viaje a la Alcarria*, ofrezca a los lectores de *Pueblo* una propaganda indirecta de las residencias veraniegas de la organización sindical. En una larga carta del 11 de agosto del 48 Juan Aparicio le expone todos los extremos del viaje y de los artículos resultantes.

1. El itinerario del viaje depende del escritor, «siempre que visites la mayoría de las Residencias», que se las localiza en un mapa adjunto.
2. Las crónicas irán acompañadas de fotografías de las que se ocuparan los jefes de las respectivas residencias.
3. El eslogan de la campaña «ha de ser -le escribe- algo por el estilo de lo siguiente: “Cómo veranean los trabajadores españoles. Gran reportaje por el novelista Camilo José Cela”». Debo advertir que cuando las crónicas empezaron a publicarse (a partir del 4 de setiembre) el marbete fue: «Y así veranean los trabajadores. La vuelta a España de un novelista».
4. Aparicio trata de atarlo todo y le indica la finalidad sin fisura alguna: «tendrás que conjugar paisajes, tipos, costumbres, dejando ver por debajo, que gracias al Estado de Franco y a la Organización Sindical ocurre esta coyuntura de movilizar a los hombres y a las mujeres del pueblo español con ocasión de las vacaciones, conociendo mejor y pudiendo amar de esa manera a su patria». Y en efecto, Aparicio persuadía a Cela de una finalidad que cabía -con una notable tergiversación populista- en los propósitos que el escritor gallego había establecido en un breve texto programático publicado en el periódico de Granada, *Patria*, el 10 de julio de 1946 (en el *intermezzo* entre el viaje a la Alcarria y la publicación inconclusa de los artículos sobre el viaje en *El Español*. Escribía Cela, al aire de Unamuno:

Fuera de las estadísticas y de los censos, al margen de las historias locales y los índices de las bibliotecas de los conventos y los ayuntamientos, este divagador de los viajes cree que lo que hay que reseñar es lo que falta, aquello de lo que nadie -¿por tan poco lucido, quizás?- se ha querido ocupar: el olor del corazón de las gentes, el color de los ojos del cielo, el sabor de las fuentes de las montañas y de los manantiales de los valles³.

² El texto procede de *El Español* (23-X-1943).

³ «Los libros de viajes», en Cela (1957). Cito por Cela (2016b: 95).

El cotejo del texto de Cela con el de Aparicio advierte a cualquier lector de cómo desde los sectores más ortodoxos del fascismo español se hacían continuos esfuerzos para asimilar, tergiversándolos en su misma naturaleza, algunos ideales del regeneracionismo liberal del 98. No en balde el semanario emblemático de la política y del espíritu, *El Español*, había proclamado en la carta de presentación del número primero (31-X-1942), «¡Arriba los españoles!», firmado por su director, Juan Aparicio, que sus tareas tenían antecedentes en *Alma Española* y en el semanario *España*. Había cimentar el nuevo régimen cultural desde Unamuno y Ortega. Es un tema apasionante, que debe ser tratado con riguroso orden cronológico y con una base de datos positivista.

III

Aparicio lo tenía todo previsto a mediados de agosto: el camarada Lorenzo Otero ponía a disposición de Cela las 2500 pesetas «de dietas a justificar a razón de 100 pesetas diarias»; el «parque de la Falange» tenía el coche dispuesto, «un Mercedes que consume cerca de 20 litros a los 100 kilómetros», pero surge el problema de la gasolina, que nadie quería proporcionar. Por un momento -17 de agosto- Aparicio se muestra muy contrariado y anima a Cela «a ir en tren, en coche de línea, etc., o sea por tus propios medios, aunque ya se entiende pagándote todos los medios de transporte». Cela, siempre habilidoso, anota a mano en la carta de Aparicio: «consigo la gasolina tras una visita a Manolo Valdés». Manuel Valdés Larrañaga, quien será personaje clave en los viajes americanos de Cela en 1952 y 1953 -era embajador en la República Dominicana, después en 1954 lo sería en Venezuela-, también lo fue en aquel verano del 48 desde sus responsabilidades como Vicesecretario General del Movimiento, cargo que era la recompensa a un historial que pasaba por ser fundador de Falange Española, primer jefe del SEU cuando se fundó en 1933 y voluntario falangista en la División Azul. El joven Cela, a menudo, trató de arrimarse a los buenos. La lección de *Lazarillo de Tormes* no era solo literaria.

El escritor comienza el viaje y el 4 de setiembre aparece en *Pueblo* la primera crónica; la última, que atañe al itinerario de *Del Miño al Bidasoa*, ve la luz el 20 del mismo mes (las restantes hasta 25 entregas, con material geográfico andaluz, finalizaran el 6 de noviembre). Son la materia seminal (Cela las llamó «el huevo o la idea») del libro *Del Miño al Bidasoa. Notas de un vagabundaje* (Barcelona, Noguer, 1952): en total suman trece entregas, mientras las unidades de la primera edición del libro alcanzan cincuenta y nueve. A finales del 63, preparando la edición del tomo IV de su *Obra Completa* (Barcelona, Destino, 1965) en la que se reproducen las trece crónicas, Cela recordaba con precisión:

Las crónicas que publiqué en *Pueblo*, amén de otras experiencias que fui anotando por el camino y sumadas a más previas o posteriores andaduras, fueron la base de este libro (Cela 1965: 247-248).

Volvamos -para finalizar este breve relato- a 1948. La primera crónica que no derivó en capitulillo inicial del libro «por razones de latitud» (según aclaración de CJC en 1963) define la naturaleza y la intención implícita de la vuelta del escritor al camino: se ha descalzado las botas de las siete leguas porque «España es un puzzle de grandes y extraños países que no pueden empalmarse a pie» y por ello no se trata de un viaje de

cabotaje, sino de altura, y «el viajero -escribe Cela- contra su costumbre no va a hacer en este viaje folklore, sino turismo» (1965: 540). El haz de crónicas de finales del verano y comienzos del otoño del 48 no acabaron donde Aparicio quería, un libro de propaganda que le había brindado en la carta del 11 de agosto: «el título del libro ya lo discutiríamos cuando se preparase en el mes de octubre». Ya a finales de setiembre le comunica que sus crónicas están teniendo amigos y enemigos, para adelantarle: «a los jefes de la organización sindical les han parecido poco sindicalistas».

Desde luego, Valdés Larrañaga no debió ver suficiente ardor propagandístico en las prosas celianas, que habrían de desembocar -con tenacidad, recreación y esmero- en el libro del 52 y en *Primer viaje andaluz* (1959). Cela a propósito del primero escribió en 1963:

Del Miño al Bidasoa es un libro por tablas, un libro que salió por carambola y también porque tengo espíritu de chamarilero y no tiro un solo papel (ni una sola sensación, ni una experiencia) jamás a la basura. El arte literaria es muchas cosas y, entre otras, paciente maña de acopio (Cela 1965: 249).

IV

Una vez publicada la primera edición de *La colmena* en Buenos Aires en 1951, Cela se afana de nuevo por encontrar estabilidad editorial a través de dos editores barceloneses: José Vergés de Destino y Alfonso Noguer -vía José Pardo- de Noguer. En el verano del 51 comienza a publicar en el semanario *Destino*. Vergés en una carta del 20 de julio de 1951 le dice: «estoy encantado de que trabajes con nosotros tanto en *Destino* como para la editorial». Para setiembre de ese mismo año la situación contractual del novelista con Destino está establecida en las colaboraciones en el semanario (350 pesetas por cada colaboración), la reedición de *La familia de Pascual Duarte* y la edición de la *Guía de Castilla la Vieja* y *Mrs. Caldwell habla con su hijo*. Sin embargo, esa situación contractual tiene un pequeño problema: Cela había contratado con anterioridad *Mrs. Caldwell* con Noguer. Después de un contencioso de más de cuatro meses de duración, en el que el paisanaje y la amistad de Pepiño Pardo con Cela es un elemento de armonía, el escritor, al que le parecía «una falta imperdonable de seriedad tener dos contratos en circulación» (carta a Vergés, 13-X-1951), consigue que Noguer le devuelva los derechos de *Mrs. Caldwell*, cuando corría el mes de febrero del 52.

Como consecuencia de estos tejemanejes, causados en parte por la difícil situación económica en la que vive Cela («la feroz y canallesca ofensiva que contra mí hubo con la aparición de *La colmena*», le recuerda a Pardo el 13 de octubre de 1951), la editorial Noguer, que le había adelantado tres mil pesetas, le pide que reemplace *Mrs. Caldwell* por otro libro no novelesco. Cela el 12 de abril del 52 escribe a Alfonso Noguer prometiéndole un libro «honesto y de vago andar y ver» titulado *Del Miño al Bidasoa*. La edición del libro se pone de inmediato en marcha.

Finalizando el año 52 -el libro ve la luz en diciembre- Cela y Pardo andan atareados en promocionar la obra. El primer comentario crítico lo ofrece un viejo amigo de Pepiño y de Camilo, Carlos Martínez Barbeito desde las ondas de Radio Nacional de España el 7 de enero de 1953. El comentario, que reproducimos en el apéndice del presente trabajo,

se vertebraba sobre la atención que CJC presta a los personajes que habitan las geografías del viaje, a su habla y a sus diálogos. Junto a este inicial comentario, aparecen en los días bisagra entre enero y febrero, las reseñas de Manuel G. Cerezales (ver apéndice) en *Informaciones* (29-I), de Antonio Valencia en *Arriba* (1-II), de Bartolomé Mostaza en *Ya* (1-II), de Fernando Quiñones en el diario gaditano, *La Información* (2-II) y la de Melchor Fernández Almagro en *La Vanguardia Española* (4-II), doblada con variaciones como era frecuente en los quehaceres del crítico granadino en *ABC* (8-II). José Pardo, que denomina a Cela «un científico de la publicidad», le escribe el 5 de febrero:

Parece excusado decir que las críticas de Cerezales, Mostaza y Valencia nos han gustado mucho. La de Cerezales nos parece bastante aguda, la de Mostaza muy noble y la de Valencia no está mal [...] Te adjuntamos la crítica aparecida en *La Vanguardia* y que firma Melchor Fernández Almagro. No está mal pero este caballero cada vez es más vago y escurridizo.

A ciencia cierta, y como podrá juzgar el lector de la reseña de Cerezales, ésta se convierte en un elogio de la limpieza moral y la pulcritud del lenguaje de *Del Miño al Bidasoa* -«para mi gusto, su mejor libro y su mejor novela»- para poder descargar un último latigazo sobre *La colmena*, «novela inadmisible y obscena». Cela, a buen seguro, no compartía el criterio de Pardo.

Tanto Valencia como Mostaza insisten en la calidad de novela del libro de viajes, sobre todo tras el encuentro del vagabundo Cela con Dupont, el vendedor de molinillos de colores. El crítico de *Arriba* aprovecha para descalificar de nuevo *La colmena*, «escasa novela desleída de efectismos y truculencias». La reseña de Fernández Almagro en *La Vanguardia Española* pone sobre el tapete el tema de la toponimia que es básico en el arte de Cela. Por otra parte, insiste con tino en el binomio observación y fantasía que articula el libro.

El 21 de febrero la colaboración habitual de Carmen Laforet en *Destino* se detuvo en *Del Miño al Bidasoa*. Como podrá comprobar el lector en el apéndice, la autora de *Nada* observa el libro como un híbrido, que tiene un interior de novela. Además advierte con lucidez el sabroso y tierno humorismo del escritor.

En el número anterior (14-II) había aparecido, en su sección «La letra y el espíritu» la reseña del crítico «oficial» de *Destino*, Antonio Vilanova. El análisis de la ética-estética del libro es impecable, sin por ello restar ni un ápice de valor a *La colmena*, cuya excepcional importancia ya había subrayado y argumentado al enjuiciarla en *Destino* el 30 de junio de 1951. En el presente análisis (ver apéndice) Vilanova contrapone el lirismo descriptivo y el realismo poético del libro del 52 con «el trágico retablo de vileza y abyección moral de *La colmena*».

Poco después que Vilanova publicase su artículo en *Destino* desde las páginas de *Laye* José María Castellet se ocupaba de *Del Miño al Bidasoa* (ver apéndice), para subrayar tres facetas: el aire del noventayocho y la nueva dimensión de España que sugería el libro, la voluntad de ponerse en contacto con la vida en torno y la concepción de la vida -que como reconoce Castellet ya lo había apuntado Vilanova- hecha de sencillez y de un amable fatalismo que postula Cela.

El último artículo de la inmediata recepción del libro que merece destacarse es el que publicó José Manuel Caballero Bonald en *Revista* (12-III). Unos días después Cela escribía a Pepiño Pardo, indicando: «supongo que habrás visto en *Revista* el magnífico artículo que me dedica nuestro común amigo José Manuel Caballero Bonald». Caballero

Bonald conocía a Cela desde 1951 y había sido el autor del «Censo de personajes» y «Nomenclátor geográfico» que acompañaba al libro desde la primera edición. El escritor gaditano recuerda en sus memorias, *La costumbre de vivir* (2001) que «confeccioné entonces un censo de personajes y un nomenclátor geográfico» (Caballero Bonald 2001: 68), si bien el apunte final de *Del Miño al Bidasoa*, de pluma de Cela, reza así:

Agradezco a mi mujer, María del Rosario Conde Picavea, y a mi colaborador y amigo José Manuel Caballero Bonald, la confección de estos Índices (Cela 1956: 374).

Conviene enfatizar que para quien iba a ser personaje clave en los primeros pasos de *Papeles de Son Armadans*, *Del Miño al Bidasoa* era en ese momento «el libro más brillantemente concebido y más delicadamente resuelto».

Bibliografía

- APARICIO, Juan. (1945). *Españoles con clave*. Barcelona. Luis de Caralt.
- CABALLERO BONALD, José Manuel. (2001). *La costumbre de vivir. La novela de la memoria, II*. Madrid. Alfaguara.
- CELA, Camilo José. (1956). *Del Miño al Bidasoa. Notas de un vagabundaje*. Barcelona. Noguer.
- . (1957). *Cajón de sastre*. Madrid. Ediciones Cid.
- . (1965). *Obra Completa*. Tomo IV. Barcelona. Destino.
- . (2016a). *La colmena*. Madrid. Real Academia Española.
- . (2016b). *La forja de un escritor (1943-1952)*. Ed. Adolfo Sotelo Vázquez. Madrid. Fundación Banco de Santander.
- GONZÁLEZ RUANO, César. (2003). *Obra periodística (1943-1965)*. Ed. Miguel Pardeza. Madrid. Fundación Cultural Mapfre.

Apéndice

Carlos Martínez Barbeito, «Camilo José Cela: *Del Miño al Bidasoa*, Barcelona. Editorial Noguer, 1953». Radio Nacional de España (7-I-1953)

El otro acontecimiento de verdadera importancia con que se inaugura el año literario 1953 es la publicación de una obra de quien, por unánime consenso de la crítica y del público, ocupa el primer puesto en el escalafón de jóvenes escritores españoles: Camilo José Cela.

Si como novelista es ya indiscutible y va camino de convertirse en un clásico de nuestra época, como autor de libros de viajes demostró en su obra sobre la Alcarria que es capaz de hacer lo que hagan los mejores. Al cultivar este sugestivo género sigue Cela las huellas de ciertos escritores como Ciro Bayo, Noel, Baroja, Unamuno, Azorín, Gabriel Miró, Ortega y Gasset y Gutiérrez-Solana, casi tan buen literato como pintor. Y sigue, también, las más remotas huellas de los autores de novelas picarescas. La tradición andariega de nuestras letras no se rompe y hoy es Cela quien la recoge, quien reemprende la ruta y se lanza a caminar por esos mundos de Dios para contarnos luego las peripecias que le ocurren.

Si se paseó antes por la Alcarria, cruza ahora los caminos del noroeste, del río Miño al río Bidasoa, gustando la vida del vagabundo que anda y anda sin prisa por llegar a ninguna parte. En un libro de viajes parecería natural que menudeasen las descripciones paisajísticas, pero no teman los lectores apresurados y febriles de estos tiempos, que pasan sin leerlas las páginas descriptivas que califican de «paja». No encontrarán descripciones ni color local sino tal o cual rasgo suelto. En esta nueva obra de Cela no manda la tierra, sino los hombres que la habitan. La única naturaleza que se percibe es la naturaleza humana, que es la más grata al novelista de raza, incluso cuando no es una novela cuando no es una novela lo que escribe. *Del Miño al Bidaso*, es, más que un libro de paisajes, un libro de aventuras, de mínimas aventuras que casi siempre terminan a la española, a la senequista y quevedesca española, con una reflexión estoica. Lo que predomina son las afortunadísimas instantáneas de tipos que cruza el vagabundo en su camino o que trotan un rato a su vera. Lo mismo daría que esos tipos no vivieran entre el Miño y el Bidasoa. No son de ninguna parte, no son específicamente del Norte de España. Para Cela la geografía es un simple pretexto para que los personajes toquen con los pies en tierra y no parezcan fantásticos fantasmas imaginados. Es una geografía de mapa, hecha sólo de nombres y de accidentes del terreno, con alguna que otra ilustración histórica. Saltando sobre la literatura de viajes de los escritores del 98, esencialmente paisajística, parece enlazar Cela con quienes escribían en nuestro siglo de oro desnudos y frugales textos picarescos desarraigados del paisaje, valor estético aún no descubierto por entonces.

Sabe Cela poner en pie a sus personajes dándoles, con el habla, su rasgo más característico y que resulta ser el soporte de su total personalidad. Con una frase es Cela capaz de sugerir un alma. Sobre todo las almas simples, resignadas y de una profundidad difusa de los campesinos españoles o de los trotamundos que circulan por los caminos, gente que en Cela habla reposadamente, a veces sentenciosamente, y que a lo mejor, de tanto parecer que están pensando, resulta que no piensan nada, en un supremo y desdeñoso desasimiento de las cosas.

En el diálogo reside, pues, el mérito principal de Cela, y por lo tanto también el de este libro. A veces salta un rasgo irónico, un rasgo de humor que parece heredado de Baroja por su melancolía y su resignado pesimismo. Con un solo rasgo de esos suele dejar Cela retratado a un personaje. El humor de Cela es parco, fibroso. No se recrea en la suerte.

El estilo es magnífico. Cela es dueño de una prosa flexible, plástica, llena de recuerdos clásicos, pues es hombre de muchas más lecturas de lo que aparente, y consigue una difícil

naturalidad, reforzada por una agudísima percepción de lo que contempla y refleja. Es una prosa ejemplar y no hay muchos que la escriban así en España. La adjetivación es diestra, generosa y precisa. Los coloquios fingen espontaneidad, pero están sólidamente pensados y contruidos con cervantino rigor, con elocuencia de pura cepa española, con sabrosa mezcla de popularismos desgarrados y de sabios decires antiguos con ejecutoria de nobleza en los mejores textos clásicos.

La Editora Noguer ha sabido escoger muy bien su primer libro del año y ha sabido también rodearlo de una envoltura elegante, bella, verdaderamente admirable, que honra a los ilustrados editores: avaloran la obra unas preciosas viñetas de Miciano.

Manuel G. Cereales, «Del Miño al Bidasoa, de Camilo José Cela», *Informaciones* (23-I-1953)

No es, como del título puede colegirse y como el propio autor declara en nota introductoria, un libro de viajes el nuevo libro de Camilo José Cela. Es un libro de la vida errante, al estilo del más ilustre representante de los novelistas que se han sentido atraídos por los individuos andariegos, Knut Hamsun, o de Pío Baroja, escritor de novelas desordenadas, amigo también de contar en ellas la desordenada vida de los vagabundos. Es, pues, el libro de Cela, una novela, y para mi gusto, su mejor libro y su mejor novela. Cela ha cogido a dos tipos - el vagabundo, al que por privar de nombre propio, se entiende que el autor considera como el vagabundo por antonomasia, y el titiritero Dupont, artífice de molinillos de papeles de colores-, los junta en el capítulo quinto, los hace amigos de camino y los lleva por los paisajes de Galicia, Asturias, Santander y País Vasco, hasta que ambos se despiden y separan en la raya de Francia y con ello da fin el libro. A los dos caminantes no les suceden grandes aventuras ni el autor pone en su boca palabras de importancia. Pero las incidencias que les suceden y lo que uno al otro se dicen, siempre cosas sencillas e ingenuas, tienen el suficiente encanto para prender el interés del lector, que sin fatigas los acompaña en su itinerario. Añádese a esto que la prosa de Cela, que siempre fue una buena prosa, aunque con frecuencia cargada de impurezas, innecesariamente barroca, se desnuda en este libro de sus adornos y de sus postizos y corre limpia y caudal, toca las cosas con ligereza, pero las toca, y da rápidas y luminosas impresiones del paisaje y del alma de los hombres. No se detiene para recrearse con alardes descriptivos en parajes ni en pueblos, a pesar de que pasa por muchos y muy hermosos. Nos da, y es bastante, la sensación de la variedad y de la belleza que se presentan a su paso.

Otra virtud tiene este libro, de referencia superflua si se tratase de escritor que no fuese Cela: su limpieza moral y la pulcritud del lenguaje. Tratándose de Cela es casi obligado advertirlo. Pudo haber escrito un relato de la picaresca con todas las licencias que admite el género. No lo ha hecho. Sus vagabundos, dueños tan sólo de la noche y del día y sin saber cómo se las arreglarán para comer mañana, son dos excelentes tipos, ingenuos, honrados y sobrios. El tema invitaba a Cela a dar expansión a una tendencia recusable que se manifiesta en otras novelas suyas, especialmente en *La colmena*. *La colmena* pudo haber sido una gran novela, pero por causa de media docena de escenas escabrosas, absolutamente innecesarias en todos los sentidos, se convierte en novela inadmisibile y obscena. Creo que Cela arguye que él no escribe para muchachitas de diecisiete años. La justificación no es válida. El novelista no elige a sus lectores, que son los lectores quienes eligen al novelista, y desgraciadamente sólo las muchachas y los muchachos de diecisiete años pueden sentirse interesados por las escabrosidades en las novelas. A los demás, creo yo, no les importan nada ni les hacen daño alguno; sencillamente, les repugnan. Insisto en este aspecto de la literatura de Cela, de una manera acaso impertinente y a todas luces inoportuna, precisamente para dejar aislado y bien perfilado con todos sus valores el nuevo libro, y porque creo que es un deber

decir que su literatura, que no es fundamentalmente malsana, debería ser absolutamente sana y, por consiguiente, absolutamente artística, y no lo es porque su propio autor se entretiene en cargarla de impurezas y de porciones torpes y superfluas. Un Gide, por ejemplo, es un astro que se mueve en su órbita; en él, la inmoral corresponde exacta y lógicamente a su fina y centelleante inteligencia pervertida. Un Miller, diríase nacido para producir literatura sombría y erótica; el erotismo como un mal inevitable, parece ser en él connatural. Estos autores son simplemente obscenos porque sus obras están impregnadas de obscenidad. Pero lo obsceno es doblemente obsceno cuando no viene a cuento, cuando se impone como un artificio para cebo de asustadizos o para lo que sea. Es doblemente corruptor. Pero Cela puede rechazar las malas tentaciones cuando quiera, lo que seguramente no podrían hacer un Gide o un Miller, aunque quisieran. Lo que en Cela es simple pirueta, en los otros es drama, dolor, estigma.

Y a propósito de Henry Miller: acaba de llegar a Francia, donde piensa residir unos años. Una revista tan poco pudibunda como «Les Nouvelles Littéraires» le saluda diciendo que llega precisamente en un momento en que la literatura erótica o pornográfica, cuya proliferación se atribuye en gran parte a la influencia de Miller, está en plena decadencia. La literatura escandalosa -añade el semanario- aburre a la larga tanto como la literatura moralizante; agota rápidamente sus reservas y se hace monótona. Los gustos del público se orientan hoy hacia una literatura más profunda, más alegre y más vital.

En este género de literatura inscribo yo *Del Miño al Bidasoa*, el nuevo libro de Cela, de cuya aparición debemos tan sinceramente felicitarlos. Pocos libros o acaso ninguno tan personal como éste, entre todos los suyos. He citado yo al principio de este comentario a Hamsun y a Baroja; pero ello no quiere decir que haya observado con ambos otra coincidencia que la del género, tan viejo y tan ilustre en la historia literaria. Cela no ha tenido que realizar ningún esfuerzo para distinguirse de los modelos y aparecer como original. Lo es por su naturalidad y por su sencillez y, sobre todo, por una difícil sobriedad, por una economía de elementos, en algunas ocasiones reducidos a la simple enumeración de nombres de paisajes, de accidentes y de cosas, que, sin caer en la aridez en ningún instante, elimina los excesos y da al lector las notas esenciales. Con este pulso, con este difícil equilibrio, en el que se revela el escritor y el novelista, es conducido el relato desde el principio hasta el fin, desde que el vagabundo asciende por un monte de Pontevedra camino de Santa María de Ribarteme, hasta que se despide de su compañero de fatigas, en una página traspasada de leves melancolías, a la vista de Francia.

Melchor F. Almagro, «Camilo José Cela, viajero», *La Vanguardia Española* (4-II-1953)

Por lo pronto, he aquí la primera estampa que, con toda la plasticidad literaria que caracteriza el arte de Camilo José Cela, hallamos en su reciente libro *Del Miño al Bidasoa*.

Como el vagabundo no tiene amigos ni parientes, ni, por no tener nada, un perrito que le ladre, lleva, por entre las madresevas y los tojos del camino, su ataúd en la cabeza, igual que una cesta de frescas manzanas de esperanza. Una mujer camina de rodillas con un niño vestido de limpio al lado. Es una mujer quizá joven todavía, con el aire pausadamente evadido y los ojos rojos de llorar. «-Que Santa Marta, ramiño de plata, nos traiga la salud con el agua del cielo y la flor de los campos»... Un viejo marinero, con un ancla tatuada en la frente y cien singladuras grabadas, a golpe de galerna en el corazón, le hace coro mientras arrastra, casi como un pecado, el cuerpo que se le fatigó antes que el alma...

Sí: en esa primera estampa literaria del nuevo libro de Camilo José Cela está ya el autor, perfectamente definido y fijado, gracias a su lenguaje, rápido y certero, tanto en la expresión directa como en la metafórica, y, a la vez, se apunta ya en rasgos inequívocos la emoción que dominará en el transcurso de este viaje *Del Miño al Bidasoa*, que Camilo José Cela

emprende con sus lectores: los que le vienen siguiendo desde «La familia de Pascual Duarte», cualesquiera sean la ruta y el término.

Hay mucho de caminante, quizá de peregrino ilusionado y de vagabundo sin objeto, en el arte de Camilo José Cela, de modo mucho más expreso, naturalmente, en aquellos de sus libros que son «de viajes» por el tema: «Nuevas andanzas y desventuras del Lazarillo de Tormes» y *Viaje a la Alcarria*. Incluso en sus novelas, Camilo José Cela gusta de paisajes y figuras en movimiento, por estáticos que nos parezcan y aun lo sean. Trátase, en casos tales, de seres humanos y fondos sociales que merecerían ser descubiertos por ese tipo de explorador a la clásica manera de la novela picaresca española: explorador que en un mesón, un café o una cárcel descubre lo que acaso no encontrase en desplazamientos de mucho mayor radio. Lo irregular, lo extraño, lo sorprendente, nos acecha, en multitud de ocasiones, a la vuelta del camino más familiar, y cuando Camilo José Cela se lanza a rodar por ese mundo inmediato que guarda inagotables secretos, nos pone en contacto con realidades inéditas: tanto como quizá no lo sean las de países más remotos y dispares.

La «España incógnita» de que tantas veces se habla, está ahí, con su paradójica realidad, archiconocida e ignorada, y Camilo José Cela gusta de descubrirla en personajes, situaciones y lugares, capaces de sorprender con una vibración nueva, insólita de veras, no obstante las exploraciones de que han sido objeto por toda suerte plumas. Camilo José Cela, que por alguna fácil asociación de ideas o de temas nos hace pensar en Baroja, se nos muestra, en su aspecto de viajero, como un vagabundo de los que Baroja ha sabido crear con extraordinario vigor y suma variedad de matices. En *Del Miño al Bidasoa* el autor significa una de esas magníficas transposiciones literarias que hacen de lo real una recreación pasmosa. La literatura y la verdad se funden en unidad superior, y dijérase que la geografía de este libro animadísimo es pura ficción, de no convalidarla el dato exacto, aquí y allá, empezando, claro es, por la toponimia, que el autor paladea: «por Iriongo y Frías, y por Santiáñez y Llovio, dejando atrás y a la derecha la Sierra de Santiáñez, con su pico Morrecho...». En efecto: la toponimia tiene mucho de esa espontánea e involuntaria poesía que ha hecho pensar, ahora y no antes, en la pureza sonora y cromática del vocablo -mitad naturaleza, mitad historia- que da nombre al pueblo, al río, al valle, a la cumbre... ¡Ah! Y sobrenombre, apodo, mote, al hombre o a la mujer, pobladores del lugar. Cuando no, digámoslo incidentalmente, Camilo José Cela se atiene al nombre y a los dos apellidos que no les faltan nunca a los personajes de sus novelas. Veamos en esto una forma más de la poderosa atracción del lenguaje en cuanto floración del suelo natural y subsuelo histórico, e insistamos en la atenta observación del autor, voluptuosamente complacido en declamaciones como ésta: «Lazcano, Aliaga, Zaldivia, Gainza, Arama, Isasondo, Legorreta, Icazteguieta...».

Mucha geografía, física y humana, hay pues en *Del Miño al Bidasoa*: geografía tocada de eximia gracia literaria y transpuesta a la creación artística por obra de la observación y de la fantasía. No consideremos antagónicas a la fantasía y a la observación. En el caso concreto de Cela, las dos se necesitan para enriquecerse mutuamente. Observación fantaseada, por un lado, y, por otro, fantasía que se deja observar. En definitiva, todo se comprueba en virtud de la emoción transmitida por el autor a sus lectores, que es la mejor manera de comprobar la autenticidad de las obras literarias y artísticas.

Recorremos el sugestivo y ondulante itinerario a través de Galicia, Asturias, la Montaña y el litoral vasco, hasta la raya de Francia, experimentando la estimulante impresión de descubrir pueblos, paisajes y criaturas, según los hace surgir el rasgo descriptivo, el apunte personalísimo, el comentario buido, la tarea, a cada paso cumplida, de rehacerlo todo con firme voluntad de estilo. Más que acción y actores, Camilo José Cela crea escenarios. Al cabo, es lo que importa en un libro de viajes. El vagabundo y su compañero Dupont se hacen seguir por el lector en una excursión por el norte de España, pródiga en impresiones de variados matices. Desde la ironía cruel a la ternura lírica.

Antonio Vilanova. «La letra y el espíritu. *Del Miño al Bidasoa*, de Camilo José Cela», *Destino* (14-II-1953)

Después del prodigioso esfuerzo arquitectónico que representa la creación del mundo novelesco de *La colmena*, la gran novela de Camilo José Cela cuya extraordinaria importancia en el campo de las letras españolas tuvimos ya ocasión de destacar en estas páginas, el gran novelista gallego acaba de publicar un libro de visiones y andanzas a través de los paisajes españoles que lleva por título «*Del Miño al Bidasoa (Notas de un vagabundaje)*», pulcramente impreso por Editorial Noguer (Barcelona, 1952). Aun cuando la estructura y el propósito inicial del libro es el de ser un libro de viajes, una especie de carnet de ruta por las tierras del norte de España a lo largo del litoral cantábrico, el talento literario del autor ha desbordado muy pronto las limitaciones que podía imponerle el tema para adoptar una imprecisa estructura novelesca más apta para sus dotes de narrador. Quiere esto decir que el autor ha transferido sus impresiones subjetivas al espíritu plácido y soñador de un vagabundo que renueva, dentro de su integérrima honradez, la existencia nómada de nuestros pícaros, y a través de cuyos ojos va penetrando el lector en el secreto de pueblos y paisajes. La contextura esencialmente poemática de este lirismo descriptivo, transido de belleza y ternura, contrasta acusadamente, aun dentro de un mismo realismo poético, con la acritud sombría del mundo descrito en *La colmena*, con su trágico retablo de vileza y de abyección moral. A través de sus vagas ideaciones, de sus ensueños y recuerdos, la filosofía del vagabundo que protagoniza este nuevo libro de Camilo José Cela, y que es una mezcla de cautelosa paciencia y de tímida resignación, aparece claramente inspirada por el más puro estoicismo. En su espíritu andariego y errabundo, la esperanza se mezcla a la conformidad y a la sumisión fatalista a la fuerza del destino pues cree que «el camino también puede ser una bendición de Dios, una bendición que, como el camino mismo, jamás acaba, ni nadie le conoce el fin». El influjo patente que ha ejercido en esta concepción del mundo, la piedad entrañable y la nobleza humana del vagabundo de Knut Hamsun, puede explicarnos, sin que sea preciso recurrir a paralelismos evidentes, la nueva actitud moral que denota este nuevo libro de Cela. Al substituir la sátira por la piedad, el realismo ético por el idealismo humano, Cela no ha hecho más que recurrir a una de las dos eternas facetas de la creación novelesca, que había desgajado en parte en su obra maestra, *La colmena*, presidida por una intención humana y social más ambiciosa y más profunda. Lo que allí era acerado sarcasmo, abyecta crudeza, aguafuerte sombrío, piedad desesperada de tono hiriente y cruel, es aquí ensoñación melancólica, paciente resignación, conformada mansedumbre, impregnadas de ilusión y de esperanzas. Pero en el fondo estamos ante una evasión romántica inspirada por el desengaño, mediante la cual el autor, que ha descrito la corrupción abyecta de la colmena social, persigue un último rastro de ilusión en la existencia miserable y solitaria del vagabundo.

Hasta tal punto es patente esta idealización del hombre libre, exento de codicia y ambición, abierto al de todos los caminos, que muchas veces el lector se pregunta si la descripción de tierras y paisajes no ha sido un mero pretexto para impregnarle imperceptiblemente de su entrañable y profunda humanidad. Porque es lo cierto que, por encima de los cuadros de ambiente y de paisaje de los prodigiosos aciertos líricos que el autor describe la ruta errante de sus héroes, cobra relieve primordial en este libro el contraste entre «los azares y las vicisitudes del hombre que marcha empujado por la fuerza de sus pies», y «las comodidades y esclavitudes de quienes, anclados donde Dios se lo permite, igual que una gabarra que aguarda, y ya sin esperanza, las herramientas del calafate, sólo tienen por horizonte la sopita caliente, el camposanto y el cumplido funeral». Existe una curiosa mezcla de fatalismo estoico y de optimismo metafísico en el impulso aventurero de este vagabundo romántico que busca en el eterno caminar la afirmación humana: «el vagabundo, que es hombre que piensa que todo lo que pasa es para bien, prefiere oponer, a la común teoría del acíbar para forzar el destete, la idea de que lo que le espera al dejar lo

bueno, tampoco tiene que ser forzosa e irremisiblemente malo». Y al propio tiempo existe una gran dosis de conciencia moral y de dignidad humana en el tenaz empeño con que reclama la libertad de elegir el rumbo de su propia vida: «hay siempre dos caminos, y quizá tampoco mucho más de dos, para ir a todas las partes del mundo y hasta fuer a de él, y el vagabundo, a falta de otros lujos de mayores alcances, se divierte reservándose siempre hasta el fin el derecho de elegir». Probablemente, en los pasajes transcritos se encierra la clave de toda la filosofía del vagabundo y el íntimo sentir de este libro que es, por otra parte, una pura delicia de gracia y amenidad. El paisajismo descriptivo, la pintura costumbrista, los cuadros de ambiente y de color local dejan paso en este libro a una geografía lírica y humana en la cual es la vida misma que aparece a los ojos del lector. Y con ella un verdadero microcosmos de tipos pintorescos y vulgares, derrotados o humildes, miserables o abyectos, con sus rasgos patéticos, sus manías ridículas, sus defectos grotescos, pero captados en su plena y entrañable humanidad. Hay aquí, entre frases sentenciosas, escenas cómicas y pinceladas descriptivas, una creación incesante de personajes de auténtica vida, historietas grotescas y minúsculos dramas que revelan al novelista de raza. Y animándolo todo, como instrumento precioso con el que se ha labrado la expresión de este mundo, un estilo matizado y riquísimo, unas veces gráfico y cortante, otras demorado y lento, pero siempre sabroso y bellísimo en su prodigioso realismo poético que revela una vez más a Camilo José Cela como el mejor escritor que las nuevas generaciones han dado a las letras españolas.

Carmen Laforet, «Un libro de vagabundos», *Destino* (21-II-1953)

Siempre estoy contenta cuando, en medio del invierno, me llega un libro que habla de los caminos, el sol y las luces del verano. En verano a mí misma me gusta vivir estos caminos, este sol, estas luces. Dentro de las posibilidades limitadas que tiene una madre de familia numerosa, suelo intentar escauceos de vagabunda por los campos. Sé olvidarme de las horas delante de un camino, conozco el encanto de ver pasar las aguas de un río salvaje debajo de mis ojos asomados a él; y un chaparrón intempestivo en pleno monte, no solo no me asusta, si no que a veces me encanta. No sé por qué, meterme en un viejo autobús lleno de cestas, maletas, e incomodidades, o en la tercera de un tren, que hora a hora ennegrece mi cara con su generosa carbonilla, me resulta uno de los grandes placeres de la vida.

Por eso este libro que acabo de leer, en un rincón caliente, en plena marcha de la vida sedentaria y el trabajo invernal, ha encontrado en mi espíritu la simpatía más profunda. En esa especie de instrumento musical que todos llevamos en nuestro interior, ha hecho vibrar, quizá las notas más alegres, más «vagabundas» de mi vida. Esto no tiene nada de extraño, teniendo en cuenta que el libro cuyo título *Del Niño al Bidasoa*, no deja lugar a dudas en cuanto a su entraña viajera; ha sido además subtítulo: «Notas de un vagabundaje».

No hay que esperar -gracias a Dios- a pesar de eso, que este libro sea solo la relación de un viaje más o menos pintoresco. El novelista Camilo José Cela, que lo ha escrito, es tan novelista o más en estas notas, que en sus obras de gran empeño.

A lo largo de sus páginas nos encontramos no solo con el alma de los paisajes, las luces y sombras del mar y las praderías y la sonrisa o el ceño de los pueblos, sino que entramos en la intimidad simple y misteriosa del vagabundo, y de su amigo Dupont, el vendedor de molinillos de colores, y a través de ellos, en la de mil personajes de los caminos y de los pueblos, por los que nos interesamos un momento de la misma manera que el vagabundo y Dupont se interesan: hondamente.

El vagabundo es eso, vago y caminante. Acepta, como las aves del cielo, el alimento que cae a su paso, sin hacer esfuerzo para conseguirlo. No tiene nada en la vida más que su gran felicidad de ser libre. Todo lo que se presenta a sus ojos le interesa.

«El vagabundo, que quisiera saber el misterio más hondo de las más sencillas y minúsculas cosas, no se atreve a preguntar, porque las gentes no entienden su curiosidad». «Si el vagabundo fuese rico y no perdiese, con los cuartos, las aficiones que sin ellos tiene, se pagaría un coro de sabios que le fuesen explicando, igual que a un rey antiguo, todas las diminutas sabidurías que los hombres ignoran: el lenguaje de las aveciccas del cielo, el amor de los peces del mar, el color de las flores del prado y su aroma, el tacto de las más bellas conchas y el porqué de los pájaros de hierro en las veletas de las torres y de los campanarios».

El vagabundo, en los pueblos al paso, a veces, encuentra a algún amigo, pero él va siempre solo. Por puro azar, ese azar que preside la ruta de sus caminatas, encuentra un compañero con el que sostiene diálogos cortados por muchos silencios y aventuras compartidas. Solo se da cuenta el vagabundo del gran afecto que se va tejiendo entre ellos a través de sus peripecias; cuando al llegar a Irún, el vendedor de molinillos, que es francés, siente la nostalgia de su tierra.

... En Espelette Itxassou tengo una novia desde hace ya muchos años... usted sabrá perdonarme...

El vagabundo notó que un frío le subía por el brazo, parecía como si se le hubiera colado un lagarto por la manga. El vagabundo antes de contestar carraspeó.

-Como usted guste.

Y Dupont, levantándose, le dio la mano.

-No, no me voy todavía. Me iré por Echalar con las palomas, o por Zagarramurdi, con las brujas.

Y así, el libro termina, dejando al vagabundo, como lo había encontrado en la primera página, solo y libre, con su poesía. Porque el vagabundo ve la vida y las cosas como solo un poeta verdadero puede verlas... Y si no el vagabundo, el autor del libro, las ve, además, con un fino, sabroso y tierno humorismo, que no es el menor de los muchos valores de esta obra.

José María Castellet, «Del Miño al Bidasoa», *Laye* (enero-marzo, 1953)

Tres facetas, en una misma línea de la importante carrera literaria de Camilo José Cela, nos sugiere este libro que acaba de publicar en Barcelona la editorial Noguer.

Es la primera una nueva muestra de lo que ya señalamos a raíz de la aparición de *La colmena*, o sea, el profundo enraizamiento de Cela en la tradición cultural española, bebida en las generaciones inmediatamente anteriores, asimilada e incorporada a la auténtica y viva corriente actual de la misma. Es así que *Viaje a la Alcarria* y *Del Miño al Bidasoa* emparentan directamente con las obras que redescubrieron el paisaje nacional en muchos de los libros de los escritores del noventa y ocho. Cela, como ellos, busca en el paisaje, en el vagabundeo por las tierras de España, una base primaria y auténtica en que fundamentar el conocimiento de España, siempre sujeto a tantas deformaciones. Porque lo que se busca en el contacto con la tierra, con las gentes de los pueblos de las regiones españolas, es también una defensa contra las visiones estáticas y grandilocuentes, una reacción contra las versiones falsamente idealistas a las que tan propensos somos los españoles con la práctica de una de las más tristes vocaciones nacionales: esa peligrosa tendencia a la anulación de la personalidad por la indolente sumisión a unos valores que se aceptan como verdaderos por lo que aparentemente tienen de seguros. Esa defensa, esa reacción no pueden tener más base que un realismo a rajatabla y en el sentido más vulgar de la palabra. Un realismo que nace del contacto físico del hombre con el país que habita y con el que se siente entrañable e

inevitablemente unido. Así, el desesperado asomarse al paisaje de los hombres del noventa y ocho era ante todo defensa frente al desmoronamiento de una España que se les caía encima, a la vez que búsqueda de un horizonte al que hacer referencia en su propósito de encontrar una nueva dimensión para su expansión espiritual. En Cela es esencialmente lo mismo, con las variantes determinadas por su vocación de novelista. O sea que, además de defensa dinámica exigida por la conciencia de una situación cultural que tiende peligrosamente al anquilosamiento, ha buscado Cela un ejercicio de tipo literario personal. Y ésta es la segunda faceta.

Ese ejercicio literario es imprescindible para Cela si quiere ser consecuente con su teoría literaria o con su modo de novelar, que viene a ser lo mismo. Cela sabe que hoy en día el novelista debe trabajar con los materiales que le ofrece la más inmediata realidad y que su labor consiste en revelarlos y proponerlos objetivamente al lector para que éste sea quien, en definitiva, se los arroge como propia tarea a realizar. Consiste, pues, ese ejercicio en ponerse en receptivo contacto con la vida cotidiana del propio entorno para penetrarla y poder más tarde revelarla en la novela. *Viaje a la Alcarria* y *Del Miño al Bidasoa* son dos bellos ejemplos de ejercicio literario en busca de la realidad española, emprendida por los caminos y pueblos de Castilla, primero, y de todo el norte de España, después. Ahora bien, conviene insistir en que el carácter de ejercicio literario de esos libros es solo una faceta de los mismos. No hay nada en ellos de frío experimento. Todo lo contrario: es impresionante, por ejemplo, el momento en que el *viajero* -protagonista de *Viaje a la Alcarria*, equivalente al *vagabundo* de *Del Miño al Bidasoa*, ambos en realidad el mismo C. J. C.- hace suya la inatendida petición de que los tapices de Pastrana vuelvan a su lugar de origen: «el viajero piensa que éste es un pleito en el que nadie le ha llamado, pero piensa también que con esto de meter todas las cosas de mérito en los museos de Madrid, se está matando a la provincia que, en definitiva, es el país».

Y ello nos lleva a la tercera faceta de *Del Miño al Bidasoa*. Porque si en *Viaje a la Alcarria* impresiona antes que nada la entrañable fusión del *viajero* con la visitada Alcarria, en el libro que nos ocupa, sobre el fondo del paisaje -un fondo con mucho relieve, desde luego-, destaca algo que Antonio Vilanova ha sido el primero en señalar y que es una -para algunos inesperada en Cela- concepción de la vida -hecha de sencillez y cierto afable fatalismo que conducen a una humilde aceptación de los hechos de la vida- muy alejada desde luego de la sombría visión de *La colmena*. Esa concepción de una vida distinta parece claramente una compensación -exigida quizás por la misma implacable realidad que asoma en la mayoría de las páginas de Cela-, un deseo, una evasión que la pluma hábil del autor inviste del más verídico realismo, situándola en concretos paisajes de España y dando así una profunda dimensión de posibilidad a la amistad del *vagabundo* con Dupont, ese «equilibrista, vendedor de molinillos de papel y también *vagabundo*, a quien conoció el protagonista de este libro por el valle del Tiétar y con el que anduvo desde Navia hasta el fin de su viaje, ya en el camino de Francia». La amistad del *vagabundo* con Dupont es una de las más bellas que nos ha dado la literatura, hecha de fraternales particiones del pan y mutuo respeto, y sobre todo de muchas horas de camino en común conllevado con la mejor voluntad de convertirlo en «una bendición de Dios» que «como el mismo camino, jamás acaba, ni nadie le conoce el fin».

Esas tres facetas que hemos señalado nos dan la secreta paradoja de una obra aparentemente simplísima: la de su complejidad, la de su riquísima textura.

Barcelona, febrero de 2017